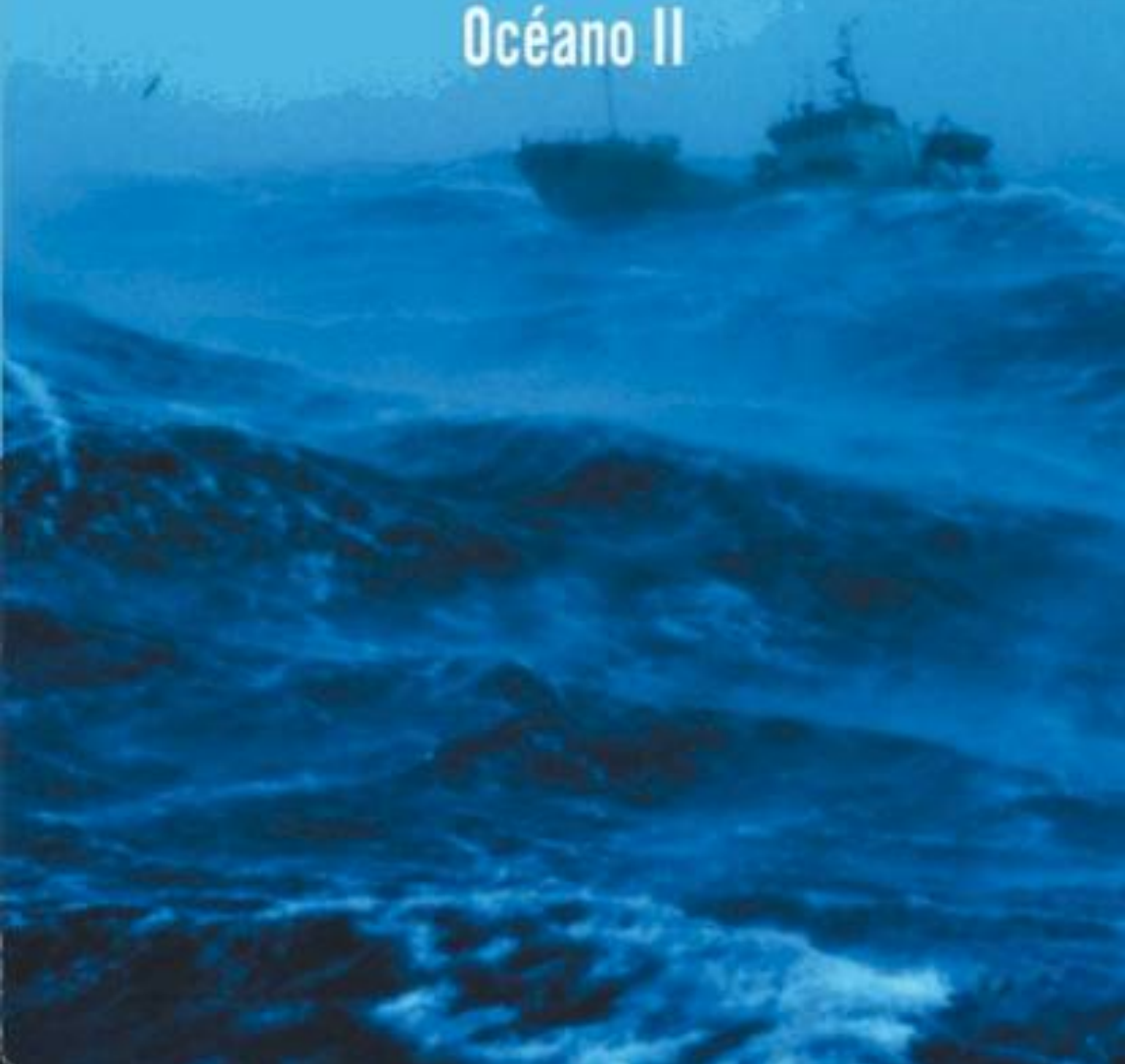


Alberto
Vázquez-Figueroa

YÁIZA
Océano II



Esta es la segunda entrega de la saga de los Perdomo, una familia de Lanzarote obligada a emigrar a tierras sudamericanas. Yáiza Perdomo, una joven de insólita belleza, posee un don sobrenatural para «apacar las bestias, aliviar los enfermos y agradar a los muertos». Uno de sus hermanos mata al hijo de un poderoso terrateniente, y los Perdomo tienen que huir precipitadamente de la isla en una frágil embarcación. Tras terribles peripecias, llegan a las costas venezolanas y se consideran a salvo. Sin embargo, tendrán que enfrentarse a las dificultades de una nueva vida en un mundo desconocido, agravadas por el extraño hechizo que la joven Yáiza ejerce en los hombres...

Atrás había quedado el Océano, con toda su carga de tragedia y sufrimiento, y atrás había quedado también, muy lejos, Lanzarote y su mundo de recuerdos y nostalgias que parecían destinados a seguirles a todo lo largo de sus vidas, cualquiera que fuera el rumbo que tomaran.

Delante —alrededor ahora— Venezuela, «La Tierra Prometida», soñada por generaciones de emigrantes, pero a la que ellos, los Perdomo *Maradentro*, se habían visto más empujados por las circunstancias, que atraídos por ansias de fortuna, puesto que para la mayoría de los miembros de la familia nunca existió otro sueño ni otra ansia que continuar juntos en la diminuta Playa Blanca, en cuyas aguas encontraban lo necesario para cubrir sus cortas necesidades.

Pero ahora, de la árida tierra volcánica y desértica habían pasado a la espléndida vegetación del trópico, y del callado pueblecito de trescientos habitantes al estruendo de una Caracas transformada en pocos años en la más explosiva, agitada y babélica ciudad del mundo.

De la destruida Europa, recién arrasada por las guerras, llegaban en aluvión fugitivos y desheredados de todos los países, lenguas, creencias e ideologías, y Venezuela, y más concretamente aún aquel largo y estrecho Valle de Caracas, se estaba convirtiendo en el crisol en que trataban desordenadamente de amalgamarse tantas culturas, tanto dolor y tantas esperanzas.

Muchos, como los *Maradentro*, no traían más equipaje que sus manos ni más medios de fortuna que su necesidad de sobrevivir, y la menor de la estirpe, aquella que tenía el «Don» de «atraer a los peces, aplacar a las bestias, aliviar a los enfermos y agradar a los muertos», advirtió de inmedia-

to, angustiada, que aquel maremágnum de gentes, autos, ruidos, olores y altos edificios a medio construir la agobiaban, y se sentía más desvalida frente a la gran ciudad, de lo que se había sentido frente a las desatadas fuerzas del Océano, el ataque de las bestias que lo poblaban o incluso el espanto del naufragio y la muerte.

—¿Qué te ocurre...?

—Tengo miedo.

Sus hermanos no hicieron comentarios porque probablemente también ellos se sentían atemorizados a la vista de un mundo tan diferente a cuanto habían conocido, y su madre se limitó a apartarle el cabello del rostro, con aquel ademán tan tierno y tan suyo, para posar suavemente la mano sobre su hombro como si el simple gesto bastara —y bastaba— para tranquilizarla.

Estaban allí, quietos los cuatro, de pie en el centro de la explanada en que les había depositado el autobús que les subió desde La Guaira, observándolo todo con el asombro y el respeto de quien sabe que se está enfrentando por primera vez a un poderoso monstruo contra el que no existe forma de luchar, y advirtiendo cómo negros nubarrones oscuros y amenazantes avanzaban desde el Este penetrando por el fondo del largo valle, cubriendo las altas laderas de la majestuosa montaña, y arrojando sobre la ciudad cataratas de un agua oscura y cálida que parecía querer ahogar con su estrépito el rugir de los motores.

—¿Isleños?

Se volvieron a contemplar al calvo gordo que, espatacado sobre un banco vecino, parecía haber estado analizando uno por uno a cuantos llegaban.

—¿Cómo dice?

—¿Que si son «isleños»? ¿Canarios?

—¿Cómo lo sabe...?

—Lo primero que se aprende en Venezuela es a distinguir la nacionalidad e incluso la región de los demás al primer golpe de vista. —Hizo un vago gesto con su única ma-

no, pues el muñón de la otra lo ocultaba bajo la manga de una amplia y sudada guayabera de un azul indefinido—. ¿Buscan alojamiento? —quiso saber.

—¿Qué clase de alojamiento?

—Por treinta bolívares puedo proporcionarles un cuarto con tres camas y derecho a cocina. Y se podrán duchar todos los días.

—Somos cuatro —le hicieron notar.

—Las mujeres pueden dormir en la misma cama —replió mientras se ponía de pie pesadamente y lanzaba una mirada hacia lo alto—. ¡Decídanse! —añadió—. Viene un «palo de agua» y no tengo malditas ganas de enchumbarme.

Aurelia Perdomo miró a sus hijos, advirtió que gruesas gotas comenzaban a salpicar la calzada, y se encogió de hombros con gesto resignado.

—De acuerdo —aceptó.

Siguieron al elefantiásico manco hasta el mayor y más herrumbroso automóvil que hubieran visto nunca: un «Pontiac» que debió ser blanco en un tiempo y ahora recordaba más un orinal desportillado que un auténtico vehículo, y tuvieron que aguardar bajo la lluvia a que el monstruoso trasero se hundiera entre los muelles y el crin del desfondado asiento, para que al fin el gordo luchara con los carcomidos cerrojos interiores y les permitiera la entrada.

Casi empapados por la violenta lluvia tropical que parecía complacerse en buscar sus cuerpos atravesando las delgadas ropas, se acomodaron como buenamente pudieron en el interior de aquel trasto maloliente que comenzó a rugir y estremecerse como un anciano atacado por un violento acceso de tos.

—El pago de la primera semana por adelantado —señaló el hombretón—. Normalmente no acepto huéspedes sin equipaje. ¿Cómo es que han llegado únicamente con lo puesto?

—Naufragamos —fue la respuesta—. Lo perdimos todo.

—¡Vaya! —fue el comentario mientras se ponían muy lentamente en marcha—. ¡Ya es mala suerte! Pero ustedes, los «isleños», están locos. Se hacen a la mar en barcuchos de mala muerte, y luego pasa lo que pasa. ¡Milagro ha sido que no se ahogaran...! Mi nombre es Mauro; Mauro Monagas, y mi abuelo materno era asturiano.

—Yo soy Aurelia Perdomo, y estos son mis hijos, Sebastián, Asdrúbal y Yáiza.

—Muy guapos. Sobre todo la chica. —Rio sonoramente, y su risa resonó incluso sobre el golpear de la lluvia que martilleaba el techo traspasándolo por media docena de puntos—. ¡Claro que con semejante madre!

El supuesto halago rezumaba una viscosa suciedad repulsiva, pues se diría que las palabras en boca de aquel hombre grasiento, sudoroso y ahora a todas luces maloliente, cambiaban extrañamente de significado, como dotadas de una misteriosa doble intención que tan sólo él parecía comprender, aunque ninguno de sus pasajeros replicó, pues se encontraban absortos en la lluvia que caía: un diluvio como jamás habían contemplado antes y que en apenas unos minutos superaba toda el agua recogida a lo largo de años en su lejana y árida isla del otro lado del Atlántico.

Los limpiaparabrisas no parecían dar abasto para permitir tan siquiera una mediana visibilidad, y el cochambroso vehículo avanzaba a trancas y barrancas entre un tráfico que se había espesado con el agua como si esta uniese unos a otros los vehículos que se movían apenas por las estrechas calles, parachoques con parachoques, haciendo resonar cada vez más estruendosamente sus bocinas, y del amplio valle nacía un clamor insufrible que ascendía por las laderas del monte y las colinas e iba a rebotar contra las bajas y espesas nubes o los altos y monstruosos edificios.

Frotando el vaho del cristal, Yáiza Perdomo trataba de atisbar tras la cortina de gruesas gotas que querían formar una única cascada, y todo cuanto alcanzaba a distinguir eran coches, camiones, autobuses, gente que corría a refu-

giarse en los portales o bajo las marquesinas, y fachadas de inconcebibles colorines que se alternaban con infinidad de comercios en cuyos escaparates comenzaban a brillar las primeras luces.

Más allá de la ventanilla el mundo parecía deslizarse como en un sueño, desdibujado y casi a cámara lenta en algunos momentos, sorprendente pesadilla en la que los rostros y aun los cuerpos aparecían como distorsionados, irreales pero al propio tiempo acordes con la irrealidad de cuanto les rodeaba —hierro, cemento y caucho—, todo ello empapado por una lluvia torrencial y un profundo y fétido olor a sudor de hombre gordo, gasolina mal quemada, tierra mojada y descompuesta vegetación tropical.

Le asaltó una desconocida sensación de vértigo y sintió una casi incontenible ansia de vomitar. Ella, hija, nieta y bisnieta de pescadores, que había soportado estoicamente las borrascas o el mar de fondo de una larguísima travesía del Océano en una desvencijada goleta de menos de veinte metros, descubriría ahora sin embargo que su cuerpo se rebelaba contra el traqueteo de aquel renqueante y vetusto «Pontiac», y contra la sensación de agobio producida por el calor y la hediondez.

—¿Te ocurre algo, hija?

—Me asfixio. ¡Esta ciudad apesta!

—Es cosa de la lluvia —comentó el gordo Mauro Monagas sin volverse—. Revienta los sumideros y hace que el río Guaire eche fuera toda su mierda. ¡Ese río acabará matándonos a todos! —añadió—. La mayoría de las cloacas van a parar a él, y atraviesa la ciudad de parte a parte. Hay zonas donde durante tres meses al año no se puede vivir de la peste, los mosquitos y las ratas.

—Siempre había oído decir que esta era una ciudad moderna —replicó con suavidad Sebastián, el mayor de los hermanos—. Todo el mundo habla de ella.

—¡Y lo es! —admitió el otro—. La más moderna y la de más rápido crecimiento del planeta en este instante. Y ese

es el problema: Llegan tantos emigrantes y se construye tan aprisa, que todo se queda pequeño y nadie se preocupa de planificar un carrizo. De un día al siguiente nacen barrios que ni siquiera tienen alcantarillado... ¡Cosa de locos!

—Habrà mucho trabajo en ese caso.

El Manco se rascó la ceja con el muñón y se volvió a mirar de reojo a Asdrúbal que se sentaba a su lado y era quien había hecho el comentario.

—Eso depende de ustedes —dijo—. ¿Qué saben hacer?

—Somos pescadores.

Se oyó una estruendosa carcajada, desagradable y ofensiva.

—¡Pescadores...! —exclamó—. ¡No friegue! Como no se dediquen a pescar moñigos en el Guaire, ya me explicará qué piensan hacer en Caracas.

—Hemos venido a conseguir los permisos de residencia —puntualizó Asdrúbal—. Luego volveremos al mar.

—¡En Venezuela no hay mar, amigo! Hay mucha costa, eso sí, pero no el mar que ustedes buscan. Aquí nadie pesca, porque apenas da para vivir. En Venezuela el dinero está aquí, en Caracas. Aquí se hacen las fortunas... O en Maracaibo, cerca de los campos de petróleo. El resto, el mar y sus peces, son para los negros de Barlovento. Y las selvas para los indios. ¡Háganme caso! —concluyó—. Si van a la costa se morirán de calor y asco. —Se arrimó al bordillo de la acera y frenó en seco—. ¡Hemos llegado!

Era un edificio viejo y tétrico que olía a humedad, orines y comida barata, con un lúgubre portal y una rechinante escalera de madera desgastada que trepaba a duras penas hasta un tercer piso en el que se abrían dos altas puertas quejumbrosas.

La habitación correspondía al conjunto; un cubículo asfixiante y oscuro sin más ventilación que una diminuta ventana a la que le faltaban dos cristales y frente a la que se alzaba el desconchado muro de un estrecho patio interior.

—¡Dios bendito!

—Si no les gusta no hay compromiso —puntualizó Mauro Monadas con naturalidad pero seguro de sí mismo—. Me pagan el transporte y se van a la calle a mojarse y buscar otra cosa antes de que se haga de noche. —Encendió un cigarrillo apretando la caja de cerillas contra su cuerpo con ayuda del muñón y sonrió burlón—. Pero dudo que consiguieran nada mejor por ese precio, y sería una pena que pasaran su primera noche en Caracas al aire libre. —Se pasó la mano por la nariz—. ¡Bueno! —se impacientó—. No puedo perder el día con ustedes. ¿Se quedan o se van?

Aurelia Perdomo recorrió nuevamente con la vista el deprimente cuartucho, pasó revista, uno por uno, a los rostros de sus hijos; reparó en la intensa palidez de su hija menor, y concluyó por agachar la cabeza con resignación.

—Nos quedamos —susurró.

El gordo alargó su única mano, y chasqueó los dedos.

—¡La plata!

Lentamente Aurelia introdujo la mano en el bolsillo de su vestido, extrajo unos billetes que contó con sumo cuidado y los depositó en la sudorosa palma que se cerró sobre ellos como una trampa.

—¡Una semana! —señaló el hombre—. Ni un día más. El retrete es la tercera puerta y la cocina está al fondo del pasillo. Su turno es de doce a doce y media y de siete y media a ocho.

Dio media vuelta y desapareció por el estrecho pasillo por el que apenas cabía, y los Perdomo *Maradentro* se sintieron incapaces de hacer comentarios e incluso de mirarse a la cara, como si todos —los cuatro— se avergonzaran ante los demás miembros de la familia por soportar la humillación de semejante trato y tener que pasar tan sólo un minuto de su vida en tan repugnante porqueriza.

Aurelia Perdomo cerró muy despacio la puerta, apoyó en ella la espalda, y lanzó un hondo suspiro de resignación.

—¡Bien! —musitó sin mirar directamente a ninguno de sus hijos—. Hemos perdido cuanto teníamos, y estamos

aquí, sin dinero, en el más inmundo lugar de una ciudad desconocida de un país extraño. Supongo que, quienquiera que sea que nos esté castigando no será capaz de inventar la forma de hundirnos más aún. Vamos a descansar porque a partir de mañana tenemos que conseguir que las cosas empiecen a cambiar.

Caracas era una ciudad madrugadora. Desde mucho antes de amanecer, sus gentes comenzaban a bullir y ponerse en movimiento, y con la primera claridad del día —sobre las seis de la mañana— las calles, las avenidas y las rápidas autopistas se convertían en un hervidero de alborotados automovilistas a los que pese a lo temprano de la hora se diría que había atacado el veneno de la prisa.

Era como si con la misma velocidad con que el sol ascendía en el horizonte, más allá de la cordillera que dominaba el Monte Ávila, ascendiera el volumen del estruendo de aquella ciudad que hasta pocos años antes no había sido más que una recoleta villa de nostalgias coloniales en la que tan sólo se escuchaba el piar de los pájaros y el canto del viento en las copas de los altos chaguaramos.

Cientos, miles, millones de rugientes motores; griterío de claxons; sirenas de policías y ambulancias; chirriar de grúas, llamadas de vendedores ambulantes que voceaban las más heterogéneas mercancías y, sobre todo ello, dominándolo, confundiéndolo, pero nunca ahogándolo, la algarabía de también cientos, miles y millones de aparatos de radio a todo volumen que parecían querer competir entre sí por emitir una voz diferente o una música más chillona.

Emigrantes que habían llegado desde dispersos rincones del planeta decididos a recuperar velozmente los años perdidos en guerras, hambre, cárceles o campos de concentración, habían contagiado de su fiebre a un gran número de criollos que parecían estar despertando de una larga siesta para descubrir que también ellos, los más humildes y olvidados, aquellos a los que la antigua Venezuela agrícola y colonial no brindó nada nunca, estaban igualmente en

condiciones de apoderarse de un hermoso pedazo del gran pastel en que se había transformado la nueva Venezuela del petróleo, el hierro y la bauxita.

Tan sólo la vieja aristocracia del dinero; los descendientes de las vetustas familias de hacendados cuyos tatarabuelos conquistaron las planicies del interior a golpe de espada y lomo de caballo, se esforzaba inútilmente por mantener la calma con el aire distante del marqués que ve cómo un populacho enloquecido irrumpe en su jardín, aplasta sus parterres y roba sus rosas y manzanas.

Como altivos castillos asediados por las bárbaras hordas, los viejos caserones circundados de robles centenarios se iban viendo asaltados por agresivos edificios de veinte y treinta pisos desde cuyas diminutas ventanas ávidos ojos inquisidores espiaban lo que ocurría en el interior de los empedrados patios, ansiosos siempre por avanzar un metro más, tumbar un nuevo árbol o transformar en Galería Comercial, Hotel, o Condominio, un mimado jardín o una lánguida rotonda.

La Caracas de las buganvillas, las mimosas, los chaguaros, los caobos y los flamboyanes se esforzaba inútilmente al comienzo de la agitada década de los cincuenta por contener él desenfrenado empuje de la Caracas del cemento, el hierro y el asfalto, pero ya todos sabían que era aquella una batalla perdida tiempo atrás, y que uno a uno los reductos de un hermoso pasado colonial y romántico se irían derrumbando vencidos por la especulación y el desenfreno.

Caracas era en verdad una ciudad madrugadora, pero aquella mañana, horas antes de que el más activo de sus habitantes se dispusiera a iniciar un nuevo día de afanes y trabajos, ya en el deprimente y tétrico cuartucho de los Perdomo *Maradentro* nadie dormía por más que los cuatro permanecieran tumbados con los ojos clavados en el levísimo rectángulo de claridad del ventanuco.

Fue Aurelia, que tan bien conocía el sueño de sus hijos, la que al fin inquirió con un susurro:

—¿Qué ocurre...? ¿Por qué estáis despiertos?

Le constaba sin embargo que constituía una pregunta inútil, porque el desvelo de sus hijos era el mismo que el suyo; un desvelo provocado por el miedo a un futuro que se les presentaba tan incierto en un ambiente extraño e incomprensible para ellos.

Aquella había sido siempre la hora de ponerse en pie, tomar café y ayudar al padre a lanzar la barca al agua para hacerse a la mar en busca del sustento. Aquella era la hora de estudiar la dirección y la fuerza del viento, la altura de las olas, el empuje de la corriente y la forma de las nubes que recorrían el cielo. Aquella era la hora de alegrarse con la promesa de un próximo amanecer esplendoroso más allá de la Punta del Papagallo; la hora de la esperanza de que hermosos meros y sabrosas cabrillas mordieran con saña los anzuelos y se dejasen izar a bordo tras una corta y dulce lucha. Aquella había sido, desde que tenían memoria, la hora más amada del día o de la noche.

Pero ahora... ¿Qué hora era aquella, tan lejos de Lanzarote y de su mundo...?

Era diferente Caracas bajo la primera claridad de la mañana. El Monte Ávila que dominaba la ciudad cerrando el valle por el Norte destacaba de un verde luminoso al reflejar el agua caída la noche anterior sobre las hojas de millones de árboles los primeros rayos de un sol que penetraba desde más allá de Petare. El aire aparecía limpio, como si lo hubiesen lavado cuidadosamente antes de tenderlo a secar a ese sol mañanero, y el sordo rumor del tráfico que iba creciendo por momentos retumbaba más apagado y menos molesto que durante la tarde anterior. Olía a salchichas y «arepas» recién hechas, y antes de sumergirse definitivamente en el bullicio de las gentes que marchaban calle abajo, Asdrúbal y Sebastián emplearon la mitad del dinero que les diera su madre en llenar el vacío de casi veinticu-

tro horas de sus estómagos con un «perro caliente» y un enorme vaso de café humeante.

—¿Dónde podríamos encontrar trabajo? —preguntaron al vendedor, un negro retinto de arrugadísimo rostro—. Cualquier clase de trabajo...

El otro, un anciano escuálido al que faltaban casi todos los dientes, observó con detenimiento a ambos hermanos, reparó en el enorme tórax y los poderosísimos brazos de Asdrúbal, e inquirió ceceante:

—¿Te gusta cargar ladrillos...?

—No me gusta, pero tampoco me importa...

El negro terminó de llenar un nuevo vaso de café, se lo entregó a una mujeruca apresurada, cobró su dinero y señaló parsimoniosamente hacia el extremo de la calle:

—A cuatro cuadras encontrarán la Avenida Sucre. Luego a la izquierda, como a cinco o seis cuadras más, están levantando un edificio enorme. Puede que necesiten peones.

Le dieron las gracias y se alejaron con el vaso de cartón en una mano y la salchicha en la otra, ansiosos por no perder un minuto y presentarse los primeros en la obra en demanda de trabajo.

Trabajo había, desde luego, pero duro y mal pagado, puesto que aunque la ciudad crecía como un cáncer grisáceo sobre la verde piel del valle, era tal la masa de emigrantes que arribaban cada día al puerto de La Guaira, que los patronos especulaban descaradamente con el hambre de los recién llegados.

Los obreros portugueses, la mayoría de los cuales habían dejado al otro lado del Atlántico a sus desamparadas familias y tenían que ganar por tanto para mantenerse a sí mismos y enviarles algo con que subsistir, se ofrecían a destajo por sumas irrisorias, y Asdrúbal y Sebastián comprendieron de inmediato que, o aceptaban el jornal por miserable que pudiera parecerles, o cualquiera de los que se sumaban constantemente a la larga fila y que bajaba desde los «ranchitos» de los cerros se quedaría con el puesto.

Eran más de ocho horas diarias de cargar sacos, empujar carretillas o palear arena bajo un sol vengativo y un calor húmedo y agobiante para obtener a cambio un puñado de bolívares que malamente bastaban para matar el hambre, pagar el cuartucho y ahorrar lo que un despótico intermediario exigía por conseguirles las cédulas de identidad y los permisos de residencia.

—En cuanto los tengamos, nos volveremos a la costa. Al mar, que es lo nuestro.

Era siempre Asdrúbal el que insistía en esa necesidad de abandonar Caracas, pero Aurelia dudaba, Sebastián se oponía, y Yáiza continuaba sumida en el largo mutismo que parecía haberse apoderado de ella desde que pusieran el pie en el Continente.

—Ya oíste lo que dijo Monagas. En la costa nos moriríamos de hambre.

—¿Más que aquí? —se asombró su hermano ante la objeción de Sebastián—. Si hay un mar, hay peces, y nosotros sabemos pescar. Y prefiero morirme de hambre allí que aquí. ¡Mira este lugar! ¡Y mira a Yáiza, encerrada entre cuatro paredes sin más paisaje que ese muro de mierda! No puede poner el pie en la calle sin que la hostiguen los gamberros, y a veces creo que esas bandas de chulos son muy capaces de subir a molestarla.

Había puesto el dedo en la llaga y lo sabía. El barrio, poblado de prostitutas, borrachos, vagos y pandilleros, paso obligado de toda la hez de la ciudad que subía y bajaba a los «ranchos» de un cerro en el que no imperaba otra ley que la violencia, constituía un peligro para cualquier transeúnte a cualquier hora del día o de la noche, pero sobre todo se había convertido en una auténtica amenaza para la menor de los Perdomo *Maradentro* desde el instante mismo en que puso por primera vez el pie en la calle.

Su portentoso cuerpo, que había sido causa ya de tantas desdichas, parecía borrar de inmediato con su sola presencia la del resto de los seres humanos, y sus inmensos